

en Rumili y Anatoli, de los arrendamientos en Egipto y de los súbditos (*rayas*). Soliman amplió también el de la *división de los países*, atendidas sus conquistas. Se dividió el imperio en veintiun gobiernos, que contenían doscientos cincuenta sanjacatos, y en el diario de sus expediciones se habla de varias leyes, por cuyo medio hizo algunos cambios en el Kanunnamé de los usos del Estado (*ayin*) y de las ceremonias (*tescrifat*).

Últimamente, dirigió su particular atención á las prohibiciones de policía y á las *leyes penales*, cuyo Kanunnamé en cinco capítulos principales es la base de la legislación penal del imperio otomano. El primer capítulo, que trata de la fornicación, castiga este pecado, según las facultades del individuo, con una multa de 1,000 aspros para los ricos y de 30 para los pobres. Los raptos de mancebos ó de doncellas son penados con perder la virilidad. El que espera en acecho á la mujer ó á la hija de otro, y la besa, recibe una grave reprensión, y debe pagar un aspro por cada palabra y cada beso; si es á una esclava, paga solo la mitad, pues que no exhibe mas que un aspro por dos palabras ó dos besos. No se da fe á la acusación de seducción faltando testigos; si el acusado jura lo contrario, la mujer casada ó la doncella son reprendidas por el juez y pagan un aspro. El padre que se acuesta con la esclava del hijo, no está sujeto á ninguna pena pecuniaria. El que comete culpa con un animal, es reprendido gravemente, y debe pagar un aspro por cada vez. El segundo capítulo establece la pena por las palabras injuriosas ó por golpes, imponiendo castigos pecuniarios; pero en tratándose de barbas arrancadas, de bofetones y de heridas en la cabeza, se condena según la ley del diente por diente y ojo por ojo; aunque si el acusador condesciende en ello, el culpado puede eximirse de esta pena pagando el rico, por un diente roto, 200 aspros, y el pobre 30. Si dos mujeres decentes de la clase de las veladas se prenden de los cabellos, el juez las despidió con amenazas y una pena de 20 aspros; las no veladas ó impúdicas son reprendidas y pagan una multa de 2 aspros por cada golpe. El tercer capítulo contiene las penas por beber vino, robar, asesinar y saquear. La condena es un aspro por cada vez que se bebe vino, é igual suma por cada ave robada; pero al ladrón de un caballo, de un mulo, de un asno ó de un búfalo se le corta la mano, á no ser que se rescate con 200 aspros. Los pacientes próximos que se roban el uno al otro en su casa, reciben solo una reprensión; el que en un momento de cólera arranca á otro el turbante de la cabeza, es reprendido y paga un aspro; al que roba á un esclavo, al que entra por fuerza en una tienda ó es cogido varias veces en pequeños hurtos, se le ahorca. Todos los habitantes de una aldea están obligados á resarcir cualquier robo ejecutado en sus cercanías. Si los ladrones son personas enfeudadas, se les pone en arresto, y ántes de aplicarles un castigo mayor, hay que consultar el caso con la Sublime Puerta. Á los testigos falsos, á los falsificadores y á los que fabrican moneda falsa, se les corta la mano. El que omite dos veces la oración prescrita cinco veces al día, ó quebranta el ayuno, paga un aspro. Los intereses no deben exceder nunca el once por ciento. Los calumniadores y delatores responden del daño causado por su lengua. El capítulo cuarto tiene por objeto los artículos de mercado, y el quinto las leyes de las corporaciones artísticas. En aquel merece observarse la compasión que se debe á los animales; en este se notan algunos preceptos de leve importancia, que dan idea de las costumbres y de la policía de los Turcos. Prescribese allí á los panaderos la proporción de la harina y la manteca para las varias especies de pastas; á los salchicheros la estafadura de las calderas de cobre. El precio del halwa ó de los dulces es regulado conforme al de la miel y las almendras. Á los vendedores de frutas pa-

sadas y de uvas frescas se concede el diez por ciento de ganancia. Se fija el precio de las diferentes clases de zapatos, botas y chinelas, como asimismo el de las sillas de montar, el de los cabestros y el de los bocado. Los albañiles y los carpinteros trabajan todo un día por 40 aspros y la comida. El tamaño de la leña se fija de diverso modo, según que es llevada en asnos, en mulos ó en camellos. Los dueños de los baños deben disponer habitaciones calientes, tener criados capaces y buenas navajas de barba; dar á los fieles delantales distintos, y los barberos no han de afeitarse á los Cristianos con las mismas toallas. Los pobres no pueden pedir limosna sino en los días de mercado, y no en las mezquitas; no se permite á los leprosos andar por las calles. Está prohibida toda venta, sin la ley previamente fijada por el juez de la ciudad y por el del mercado. Y así deben saber y ejecutar, y no conducirse de otro modo.

Este extracto de las leyes penales prueba que los estatutos de Soliman sobre las costumbres y la policía tenían que agradar al pueblo, pues que por medio de ellos se moderaba el precio y se cuidaba de la bondad de los artículos de comer y vestir mas necesarios; además, son tan suaves é indulgentes respecto de los pecados sensuales, que mas bien parecen excitarlos que impedirlos. Así, si bien en este concepto su código puede difícilmente librarse de la censura de las personas rígidas, merece, sin embargo, el elogio del filósofo y del político por el raro uso que en él se hace de las dos penas capitales, que la legislación del islam, según el Corán, impone á los adúlteros y ladrones con el apedreamiento y la pérdida de la mano, penas que Soliman permitió redimir por medio de dinero. El espíritu de indulgencia, mucho mayor que en la primera legislación islámica, se revela también en la tolerancia tácita del lujo de los vasos de oro y plata, pues según la sentencia de sus padres, semejante lujo debía ser prohibido á los musulmanes. Soliman llegó hasta escandalizar á los teólogos-jurisperitos y al pueblo, obsequiando un día á una embajada persa con un banquete en que el servicio era de oro y plata; pero esto no volvió á suceder, pues todos los utensilios de palacio se hicieron de porcelana verde de la China. Soliman se mostró asimismo indulgente con otros nuevos goces de los sentidos, como el café, acerca de los cuales hay por lo menos dudas de si el Profeta los hubiera ó no permitido; y aunque á fines de su reinado prohibió severamente el vino, la orden de cerrar las tabernas muestra que ántes estaban toleradas.

(DE HAMMER, *Obra cit.*, lib. XXXIV.)

(G) pág. 192.

#### FIESTAS.

No hay historia ni crónica que no hable de las espléndidas fiestas que se dieron en los siglos xv y xvi: trasladarémos aquí algunas, escogidas entre las infinitas, por la relación que tienen con lo que en varios puntos hemos dicho, principalmente sobre usos y opiniones.

*Fiestas de Bergonzo Botta en Tortona, para el recibimiento de Juan Galeazzo Esforcia, esposo de Isabel de Aragon.*

(FR. CALCHI, *Nuptie Med. Ducum.* 6.)

Habiendo sido acogidos los esposos, se les ofreció, además de habitaciones magníficas, tres cuartos adornados de seda, uno blanco, otro carmesí y el tercero

verde, con armas, trofeos é inscripciones; y después que hubieron descansado mientras se disponían los manjares, se dió principio á la fiesta que estaba preparada. Las mesas se hallaban colocadas en un sitio ameno, y en cuanto se sentaron los convidados, se oyó al rededor una dulce armonía, la cual anunciaba que en nueva forma venían aprestadas las viandas. Primeramente aparecieron Jason, que extendió sobre la mesa el vellocino de oro, y Apolo, que cantando su peregrinación por la tierra, y el modo de criar las terneras, predilecto manjar de los paladares delicados, ofrecía algunas; después vino Diana, y presentó un ciervo, diciendo que era el infeliz Acteon, á quien no podía darse mejor sepultura que el seno de su esposa; Orfeo acudió luego, y refirió que mientras estaba en el Apenino llorando á su amada Euridice, tuvo noticia de aquel himeneo, y atravesando con los sonos de su lira muchas aves, las había cogido y las ofrecía. En seguida se vió entrar á Atalanta con la cabeza del jabalí de Caledonia, á Iris, mensajera de Juno, con las aves que tiraban de su carro; á Teseo, acompañado de todos sus camaradas de caza, que repartían los miembros del jabalí y otros animales de los bosques; á Hebe, con el néctar y la ambrosía, y junto á ella la sombra de Apicio, que condimentaba las viandas con las mejores salsas; á los pastores de Arcadia, que servían la leche, á Vertumno y Pomona con frutas, á las Náyades y á Glauco con peces marítimos y de río, al Po, al Adda, al Tesino, que traían aguas mezcladas con miel y bebidas exquisitas: no faltaron tampoco el Verban y el Lario para alegrar la mesa con manjares escogidos, ni Ulises, que domó las Sirenas, á fin de que la jóven aprendiera virtud y no cediera á los halagos de aquellos monstruos. De esta suerte, en medio de maravillas siempre nuevas, en medio de una continua alternativa de cánticos, y de la aparición de nuevos personajes vestidos y adornados con gran dignidad y riqueza, se terminó alegremente el banquete.

Pero no así la fiesta; pues apenas se quitaron las mesas, dió principio otra nueva diversion, que inauguró Orfeo, vestido al uso griego y ceñido de laurel, invitando con su canto á Himeneo, y llevando tras sí una escogida multitud de Amorcillos que entonaban himnos epitalámicos. Las Gracias entraron en seguida jugueteando agradablemente, y enlazadas por medio del ceñidor, se detuvieron delante de los esposos y les dirigieron sus cantares; á continuación vino la Fe conyugal, con un cándido ropaje, teniendo en la mano derecha un lebrato blanco, y en la izquierda un collar de diásporo, que dió á su esposa. Después, bajando Mercurio del cielo, presentó á la Fama, que se colocó entre Virgilio y Tito Livio y les dijo era mensajera del bien y mal eternos. Entretanto se adelantaban Semiramis, Elena, Medea y Cleopatra, con la turba de mujeres impúdicas ricamente ataviadas, y se pusieron á cantar sus seducciones y vergonzosas aventuras. Pero la Fe conyugal, á fin de que no se atreviesen á contaminar de aquella suerte nupcias muy santas, ordenó á los Amores que las arrojasen de allí; y ellos, agitando las antorchas encendidas, las lanzaron contra aquellas mujeres, obligándolas con las violencias del choque á desocupar el sitio, donde, en vez de ellas, apareció el coro de las virtuosas, con Lucrecia, Penélope, Tomiris, Judit, Porcia y Sulpicia, las cuales, cantando la modestia y la santidad que adornan el pudor de la mujer, y reconociéndolas en el alma de la esposa, le ofrecían su palma, símbolo de la virtud que las hace mas queridas en la tierra, porque juzgaron que en ella se abrigaban todas. Por último, acudió el viejo Sileno, montado en su asno, á alegrar la reunión; el cual, aparentando hallarse ebrio y soñoliento, vacilaba tendido sobre las ancas; hasta que, cayendo al suelo, contrayéndose y dando varias volteretas, movió á risa á la comitiva, y aquel nuevo y grato espectáculo terminó con alegres danzas.

*Honores hechos en Roma á Hércules de Este y Leonor, su esposa, hija de Fernando, rey de Nápoles, en 1473.*

«Todas las calles estaban llenas de familias de los cardenales á caballo, de mujeres, y del pueblo romano; se calcula que había mas de sesenta mil caballos. Cuando llegaron á Sant'Apóstolo (donde el cardenal de San Sixto, *qui vere dici poterat summus pontifex*, había hecho cubrir de telas toda la plaza, y por el lado de esta había abierto tres nuevas salas, al estilo antiguo, con columnas vestidas de hojas y flores, y un friso riquísimo y hermoso, en que se veían las armas del papa, del cardenal San Sixto, del rey de Nápoles, del duque de Milan y del duque Hércules de Ferrara; de cuyas salas, una era muy larga y estaba dispuesta para dar el convite, y asistir á los juegos que debían verificarse, y las otras se hallaban destinadas á ciertas representaciones, echaron pié á tierra y entraron en el palacio, adornado como si San Pedro hubiese descendido del cielo. Estas tres primeras salas estaban cubiertas por dentro con tapices de calidad superior, de modo que no se veía un palmo de pared desnuda. Á la cabeza de la grande, había un tapiz mas hermoso que los demas con figuras, que estaba al frente del estrado, y encima se veía una cubierta de color carmesí, con una cruz de terciopelo blanco en medio, y tres fuelles que hacían aire constantemente. Al lado, había un niño verdadero, encima de una columna, desnudo y dorado en forma de ángel, el cual cogía de una fuente agua que arrojaba en todas direcciones. En este palacio, á la entrada de la primera sala, se encontraba aquel tapiz que hizo el papa Nicolas, y que pasa por el mas hermoso que existe entre los Cristianos; en él están representadas las obras de Dios Padre, cuando creó el mundo. También se veía allí un lecho, cuyo cobertor y almohadas eran de raso azul, con las franjas de oro, y un pórtico de follaje de oro, con las armas de San Sixto en el centro. Seguían cinco puertas mas, y cada vez los adornos eran mejores y despleaban mayor riqueza, ántes de que se entrase en la habitación dispuesta para la ilustre dama.

La segunda sala estaba cubierta de muchos tapices de buena calidad; en ella había un aparador provisto de vajilla de oro y plata para el uso cotidiano; un lecho con cobertores y almohadas de raso carmesí, y franjas de oro, y una mesa que tenía tres canas de largo y una de ancho, construida de madera de ciprés, toda de una pieza, con muchos cajones. En la capilla de una de estas salas había un altar con un frontal de oro y seda, hecho todo á la aguja, donde se veía á la Virgen con el Niño en brazos, y el pesebre. Sobre el altar estaban colocados dos ángeles, y junto á ellos cuatro candeleros de oro puro. Á un lado había un escabel para arrodillarse durante la misa, todo de plata sobredorada, con globos encima y piés de león debajo, y seis sillas forradas de terciopelo, dos de color carmesí, dos azules y dos verdes. Al rededor de la pared se veían muchas flores de un trabajo admirable, llevadas de Francia, y otras varias cosas magníficas.

En la tercera sala las tapias representaban escenas campestres, y los cobertores y almohadas del lecho eran de damasco blanco. Había allí una mesa grande, llena de gorros turquescos de tela de oro y de seda con hermosísimos forros; un sombrero y una gorra de oro, hechos á la aguja, lo mas hermoso que pudiera imaginarse, y dos sillas de color carmesí, con las guarniciones de plata.

Después seguían catorce habitaciones, todas adornadas con excelentes tapices y pabellones de seda, de distintas formas, para las camas, que eran admirables; los colchones de pluma, con forros de raso carmesí, verde y azul, dos almohadas en cada lecho, de raso carmesí, y cuatro cojines de tela de oro, sobre los colchones cubiertos de damasco blanco hasta tocar



al suelo. Las sábanas de hilo, de una sola pieza; los cobertores de color carmesí, y entre otros había tres de paño azul, bordado de oro, uno con forro de piel de lince, otro de marta cabellina y el tercero de armiño. Todos los lechos tenían debajo de estos cobertores tres mas de damasco, para poder irse despojando poco á poco.

En una de estas habitaciones estaban forradas las paredes de raso blanco, donde se veía representada de la manera mas digna la Ascension de Cristo á los cielos; en la cama había un pabellon de raso carmesí, con la cruz blanca en medio, muy grande y las armas de San Sixto, cuya labor era toda de oro á la aguja; los utensilios de la chimenea, paleta, tenazas y fuelles eran de plata pura. En otra habitacion las paredes estaban forradas de damasco blanco con flores de oro; y adornaba el lecho un pabellon, tambien de damasco blanco, con la cruz encarnada, y las armas trabajadas mas ricamente que las mencionadas antes: en frente de la cama se veía un paño de oro que cubria la pared, con un San Antonio de Padua magníficamente bordado, y dos asientos que costaron mas de 1,500 ducados. En el sitio destinado para las necesidades corporales, se le dispuso una silla toda de plata, con un vaso de oro puro dentro, tan grande y hermoso que el de Basade, de que habla Marcial, no le hubiera igualado. En la ventana se leían estos dos versos:

Quis cameram hanc supero, dignam neget esse tonante.  
Príncipe (quis neget?) hac est minor illa suo.

Nada digo del aparato de las demas habitaciones, donde había muchas telas de seda, de superior calidad; pues me basta hablar de estas solas, que eran cosa magnífica. Había al lado una pequeña galeria con muchas alfombras de fina seda, y en todas las habitaciones el suelo se hallaba cubierto de alfombras de varias clases.

El domingo por la mañana, antes del día solemne de la Pentecostes, la ilustrísima duquesa, vestida de brocado, oro y adornada con joyas y collares admirables, subió á caballo seguida de sus matronas y damas, y colocándose en medio de los reverendísimos cardenales San Sixto y San Pedro Advíncula, con los que formaban la comitiva, del duque Hércules, mejor vestidos que ningunos, y los de la majestad real, se dirigió á San Pedro. Habiendo echado allí pié á tierra, fueron á la capilla grande, donde el Padre Santo estaba con los cardenales, y la excelente señora subió á un grande estrado hecho recientemente junto á la reja de dicha capilla. El dicho Santo Padre empezó á celebrar los oficios, con la solemnidad y pompa que lo verificaba el pontífice Paulo. Concluida la misa, fué llevada con sumo honor á la presencia de Su Santidad, que la recibió humildemente; ella quiso arrojarle á sus piés para besarlos, pero el papa no lo consintió y lo presentó la mano. Cuando la duquesa hubo besado esta, Su Santidad la bendijo, y tambien á todo el pueblo; despues la acogió y abrazó con toda la bondad y caridad posibles. Mientras tanto, algunos de aquellos cardenales la alabaron en su ausencia, admirándose mucho de su grave compostura y modesto lenguaje, y diciendo que Ciceron no era mas elocuente que ella.

Despues la dignísima señora, con permiso del Sumo Pontífice, salió de San Pedro, en medio del ilustrísimo señor Segismundo y el duque de Andri, y el Padre Santo fué llevado en la silla, como de costumbre, al palacio, precediéndole todos los cardenales, excepto San Sixto y San Pedro Advíncula, los cuales, á caballo, se colocaron á los lados de la duquesa y la acompañaron, con gran séquito y pompa, á Sant' Apóstolo, su residencia. No acabaria si quisiese enumerar todas las magnificencias del reverendísimo é inclito monseñor San Sixto; pero diré en conclusion,

que parecia, no hermano, sino hijo de César, primer emperador, y que era honrado mas que el verdadero pontífice. Imposible me sería, no digo nombrar, sino enumerar tan solo una mínima parte.

Al medio día se dió en las salas el espectáculo de la presentacion de Susana, por algunos Florentinos, con las actitudes mas verdaderas y la mayor exactitud posible.

El lunes, San Sixto convidó á comer á la duquesa en la gran sala exterior, y á uno de los extremos había un aparador muy grande, en doce divisiones, lleno de una magnífica vajilla de oro y plata, con piedras preciosas en tanta cantidad que formaban una vista admirable; pero lo mas asombroso fué que, en medio de tantas viandas como anotaremos despues, el servicio de plata fué siempre distinto y no llegó á moverse nada del mencionado aparador. En seguida se dispusieron dos mesas: la primera para siete personas, á saber, en el medio la dignísima señora, á su derecha San Sixto, el duque de Andri y el conde Jerónimo, sobrino del papa; y á su izquierda, el ilustrísimo señor Sigismundo, la duquesa de Malfi y el ilustrísimo Alberto. En la otra mesa se colocó el duque Malfi y las condesas de Altavilla y del Bulchianico. Antes de que empezasen á comer, les fué servida estando aun de pié, una colacion de uvas y naranjas confitadas y doradas, en tazas, con malvasia, y despues agua de rosa para las manos. Se sentaron luego á la mesa, en la cual había cuatro manteles, y en seguida se sirvieron las viandas que se expresan á continuacion, cada una al son de trompetas y de pifanos y de una manera distinta.

Los cuadros estaban adornados como siempre, con pan dorado. Se sirvieron piñonadas con las armas y sin ellas, todas doradas, *menescritos* dorados en tazas de oro, antes de la comida. Higadillos de capones y cabritos, fiambres en escudillas con vino blanco bueno. Manjar blanco, con pepitas de naranja dulce. Dos capones en salsa verde, con vino de Córcega; un pollito por persona con salsa violada exquisita; toda clase de tortas; pasteles de aves; dos terneras enteras sin la piel; cinco trozos de ternera por cada plato; cinco de carnero; tres de jabali; tres cabritos enteros; seis pollos; seis capones; dos salchicas por cada plato, como antes; cabezas de ternera en forma de un unicornio, con la salsa en la cabeza; menestras de calabaza; pasteles de pollos; la historia de Atalanta, de Hipomene y de Perseo, cuando libró á Andrómada del dragon, todas en viandas.

Asado menudo en platos grandes, á saber, cinco trozos de ternera; tres cabritos enteros; dos liebres enteras; por cada plato diez pichones, diez pollos, cuatro conejos; un pavon con las plumas, y detras Orfeo con la citara, seguido de cuatro pavones tambien sin desplumar, que llevaban las colas altas y abiertas, y una hembra con sus polluelos, en igual estado. Dos faisanes, dos cigüeñas y dos grullas con las plumas. Un ciervo sin desollar y con sus cuernos; un oso de la misma manera y con un palo en la boca; un gamo, un cabrito, jabalíes y otros muchos animales todos cocidos, con la piel y el pelo, en su tamaño natural, de suerte que parecían vivos; y se les colocó en las mesas, figurando un monte. *Galantina* en conchas grandes de plata, con cercas al rededor, y en medio un unicornio con el cuerno derecho. Cinco tortas doradas de carne y peras moscateles en tazas.

Levantados los primeros manteles y quitadas las demas cosas, se trajo agua para las manos con flores de cedro. Luego aparecieron piñonadas en forma de peces y vino griego. Preparáronse los cuadros con pan plateado, y se sirvieron limones plateados y con almibar, en tazas; pescado asado, sazonado con salsa amarilla; escudillas, con salsas; pasteles de anguilas, plateados; dos sollos cocidos y enteros, plateados y llevados en unas parihuelas de plata; seis platos de lampreas, en otras de oro, donde se veía á Ceres en

un carro dorado, tirado por dos tigres, con una antorcha encendida; gelatina plateada en fuentes grandes; tortas verdes plateadas, y requesones en grandes platos.

Habiéndose levantado el otro mantel, se dió agua de olor para las manos. Se dispusieron en seguida los cuadros con panes llenos de flores, y se sirvieron piñonadas en forma de diamantes; cerezas en tazas con vino de Tiro; pollos á la catalana; guindas garrafales en tazas; manjar verde exquisito, con claveles y romero; asado grande en fuentes tambien grandes; cinco trozos de ternera; tres de carnero por cada plato; tres de cabrito; tres lechoncillos enteros; cuatro capones y ocho anarones.

Se llevaron ademas á la mesa, en clase de manjares aderezados, los tres trabajos de Hércules, á saber, el del Leon, el del Jabali y el del Toro, y cada uno tenia el tamaño de un hombre comun. Primero apareció Hércules desnudo, con estrellas en los hombros, para significar que sostenia el cielo; y siguiendo despues los trabajos del héroe antiguo, se llevaron grandes castillos de dulce, con torres é infinitos confites de diversas formas; los castillos fueron saqueados, y cayó del estrado á la plaza tal lluvia de confites, que parecia una tormenta.

Se le sirvió, ademas, una sierpe grande en un monte, que parecia natural; una vianda de hombres salvajes; unas diez naves grandes, con las velas y las cuerdas, todas de dulce y llenas de bellotas de azúcar; un monte, del cual saltó un hombre, mostrándose admirado al ver semejante convite, y pronunciando algunas palabras, que no todos oyeren bien; el triunfo de Venus, conducida en un carro por dos cisnes; gelatina en cuencas de mimbre; la fábula de las Hespérides y de Hércules, que mató al dragon que custodiaba el árbol de las manzanas de oro; requesones en forma de hermosísimos niños, y mazapan.

Quitadas las mesas y todo, se dejó una sola, y se llevó agua para las manos y vino; esponjados, barquillos, almendras tiernas, peladas y sin pelar, grajea de Feligni, anises, canela y otras frioleras.

Despues subieron al estrado unos ocho hombres, con otras tantas mujeres, vestidas de ninfas y que representaban sus amantes; entre quienes estaba Hércules, llevando á Deyanira de la mano, Jason á Medea, Teseo á Fedra, y los demas á sus apasionadas, todos con trajes á propósito. Al llegar al estrado, rompió á tocar la música, compuesta de pifanos y otros instrumentos, empezaron á bailar, y á festejar á sus ninfas. En medio de la danza llegaron algunos, vestidos de centauros, sosteniendo con una mano la tarja y con la otra la maza, que querian quitar las ninfas á Hércules y sus compañeros: de donde se originó una buena escaramuza entre los dos bandos, concluyendo por vencer Hércules á los centauros y arrojarlos del estrado.

Tambien se dió el espectáculo de Baco y Ariadna, y se vieron muchas otras cosas dignísimas, de un costo inmenso é inapreciable, las cuales no se describen aquí, parte por olvido, parte en beneficio de la brevedad. No cesaron las músicas y los cantos, con bufones variados hasta lo infinito; todos bebieron en copas de oro vinos superiores; las fuentes grandes, de las cuales entraban cinco cada vez, eran llevadas por cuatro escuderos, en unas parihuelas doradas; toda la servidumbre de San Sixto, hasta los mozos de caballeriza, estaban vestidos de seda, y servian á la mesa por mitades con un orden maravilloso. El senescal se mudó cuatro veces de ropa, ostentando siempre trajes nuevos y riquísimos, y cada vez se adornó con nuevos collares de oro, de perlas y piedras preciosas.

El martes se dió la representacion de aquel Judío que vendió el cuerpo de Cristo; y el miércoles la de la degollacion de San Juan Bautista.

Despues, el 12 del mes de setiembre, el mencionado

fray Pedro, cardenal de la santa iglesia, se dirigió á Milan, por intercesion del duque, seguido de tan brillante comitiva, que el pontífice no hubiera podido igualarle. Principalmente Galeazzo envió hasta los confines de su imperio, para que le obsequiase, á Branda Castiglione, obispo de Como, y al obispo de Cremona, con algunos feudatarios y consejeros. Dispúsose luego que en sus dominios se les facilitara comida y alojamiento, como si se tratara de su persona. Al aproximarse á Milan, salió á recibirle el duque, acompañado del orador de Nápoles, que era el Turco Cincinello, el de los Florentinos, de Ferrara y de Mantua, y ademas todos los magistrados y cortesanos; acogiendo al referido cardenal á alguna distancia de las primeras obras de defensa, con singular bondad y honor, siendo tal el sonido que formaban las trompetas y otros instrumentos que parecia rasgarse el aire. Al entrar en la ciudad, el colegio de los jurisconsultos y médicos, cuyos individuos estaban adornados con cuellos y solapas de piel de ardilla, le cubrió con el palio de tela blanca bordada de oro y todo el clero iba en procesion, acompañándole de esta manera hasta el templo principal; cuando hubo visitado este en union del duque, se dirigió al castillo, donde fué alojado á modo de pontífice. El duque quiso que toda la noche las llaves de la fortaleza quedasen en su habitacion; Galeazzo le hizo muchos regalos de valor, entre ellos dos colgaduras de cama, una de tela de plata recamada en campo verde, y otra de brocado de oro con doble bordado en campo blanco; dos hacaneas y cuatro caballos, con el adorno de las sillas y demas avios de montar de oro purísimo y de plata. Despues tuvieron largas conversaciones, y se afirmó que habian convenido entre sí que Galeazzo seria creado rey de Lombardia por el pontífice, el cual le ayudaria á adquirir todos aquellas ciudades y tierras, pertenecientes á tal dignidad.

BERNARDINO CORIO *ad ann.*

Tomamos del mimo la descripcion del convite dado para celebrar las bodas de Violante, hija de Galeazzo Visconti, con Lionel de Inglaterra:

« En 15 de junio (1368), el señor duque Lionel se casó con Violante, hija del rey de Inglaterra, en la puerta del templo de Santa Maria la Mayor en Milan, en presencia de muchas personas y señores notables. Bernabé Visconti fué el padrino de la mencionada Violante, su sobrina, y el obispo de Novara celebró la misa con gran solemnidad. Galeazzo dió aquel día un espléndido banquete en su corte, en la plaza del Arengo de Milan. Á la primera mesa estaban sentados el señor Lionel, el conde de Saboya, señor de la Dispensa, y muchos otros barones, ademas del obispo de Novara, Mateo y Luis, hijos del señor Bernabé, Francisco Petrarca, poeta insigne, y otros ciudadanos. En la segunda mesa, que era de cincuenta cubiertos, estaba la reina de la Scala, con muchas ilustres matronas y se sirvieron los siguientes platos:

El primero fué doble; esto es, carne y pescado para la mesa del duque, y en seguida dos lechoncillos dorados con el fuego en la boca, y truchas tambien doradas; presentándose al mismo tiempo que estos dos lebreles, con dos collares de terciopelo, cuerdas de seda, y parejas de alazanes con cadenas de metal dorado, collares de cuero y cuerdas de seda; es decir, cada seis alazanes en un lazo, en todo cuatro.

El segundo plato fué de liebres doradas con sollos dorados, y doce parejas de lebreles, con los collares de seda, planchas doradas y seis lazos de seda; es decir, uno por cada par. Ademas otros seis con botones de plata esmaltados, llevando todos la insignia del señor Galeazzo y el señor conde, y encima otros botones.

El tercer plato consistió en una gran ternera toda dorada, con truchas tambien doradas, acompañando



á esto seis perros, con collares de terciopelo y hebillas de metal dorado, con seis lazos de seda, uno por cada par.

El cuarto plato se compuso de codornices y perdices doradas, con truchas asadas, también doradas, á que acompañaban doce gavilanes que tenían cascabeles de metal, calzas de seda, botones de plata, la divisa antedicha, doce parejas de brazos, con doce cadenas de metal dorado y seis lazos; esto es, uno por pareja.

El quinto plato fué de ánades, garzas y carpas doradas, y juntamente seis halcones, con caperuzas de terciopelo, coronadas de perlas, botones y corchetes de plata con la insinuada divisa y otros adornos de perlas.

El sexto plato consistió en carne de vaca, capones gordos con esturiones y ajo en agua, á que iban unidas doce corazas de acero, hebillas y mallas de plata, con la insignia de los mencionados señores.

El séptimo plato fué de capones y carne en salsa de limon, con pescado en la misma salsa, y se trajeron al propio tiempo doce armaduras completas de justa, doce sillas de montar para el mismo fin, y otras tantas lanzas que llevaban la repetida insignia; esto es, dos por cada armadura, dos sillas con adorno de plata esmaltada para la persona del señor conde; los demás avíos eran de metal dorado.

El octavo plato se componia de pasteles y carne de vaca, pasteles de anguillas gordas, acompañados de doce armaduras completas de guerra, dos de ellas guarnecidas de plata, para la persona del señor conde.

El noveno plato era de gelatina de carne y de pescado, habiéndose traído juntamente con esto doce piezas de paño de oro y otras tantas de seda.

El décimo plato consistió también en gelatina de carne y de pescado, es decir, de lampreas, á que hicieron compañía dos botellas de plata esmaltadas, seis aljofaínas de plata dorada y esmaltada; una de las botellas estaba llena de malvasia, y la otra de vino generoso.

El undécimo plato fué de cabritos y corderos asados, y juntamente se trajeron seis parejas de caballos, sillas guarnecidas de plata dorada, seis lanzas, seis tarjetas doradas, seis sombreros de acero, dos de ellos con adornos de plata, para el señor conde, y otro de metal dorado.

El duodécimo plato se compuso de liebres con cabritos en parihuelas doradas, con otros muchos y variados peces en parihuelas de plata, acompañando á todo seis grandes caballos, cuyas sillas estaban doradas y llevaban la divisa referida, entre las cuales había dos guarnecidas como queda mencionado.

El décimotercio plato fué de carne de ciervo y de vaca, dividida en pequeños trozos, á que acompañaban pendones inclinados, seis caballos, con bridas doradas y correas de terciopelo verde, seis capotes de lo mismo, con un boton y un copo encarnado en el medio y cordones de seda.

El décimocuarto plato se compuso de capones y pollos en salsa encarnada y verde, limones, y al mismo tiempo trajeron seis caballos grandes de justa, con las bridas doradas, y capotes de terciopelo encarnado, botones y copos de oro encima, y los ronzales de terciopelo carmesí.

El décimoquinto plato consistió en pavones con berza y judías, lenguas saladas, carpas con repollo; y á todo esto acompañaba un jubon cubierto de perlas, una capucha con una gran flor de perlas encima y una capa cubierta también de perlas; la capucha y la capa estaban forradas de armiño.

El décimosexto plato fué de conejos, pavones, cisnes y ánades asados, con una gran aljofaína de plata, un collar, un rubí, un diamante, una perla y cuatro hermosísimos cefidores esmaltados.

El décimoséptimo plato se componia de cuajada y queso, á que acompañaban doce bueyes gordos.

El décimo octavo consistió en frutas, y dos caballos, uno del señor conde, llamado el Leon, y el otro el Abad; y al mismo tiempo que estos platos, se regalaron setenta y seis caballos á los barones nobles del prenarrado conde de Clarenza. Todo lo cual fué presentado por el magnífico y excelso señor Galeazzo Visconti, con quien estaban de continuo doce caballeros.

De un cronista mas tosco, fray Pablo Morigi (*La nob. di Milano*, pág. 353), tomamos la siguiente descripción de un banquete dado en Milan por el mariscal Trivulzio:

« Habiendo hablado de Juan Jacobo Trivulzio, llamado el Grande, no me parece deber pasar en silencio el suntuoso banquete que dió cuando se casó con Beatriz de Ávalos de Aquino, de la sangre real de Aragon, y que me parece digno de saberse. Además de que este gran Trivulzio obsequió muchas veces al rey Francisco de Francia de un modo regio en su palacio de Milan, calle de Rugabella.

El banquete con que celebró sus bodas fué como sigue. Primeramente se sirvió agua de rosa para las manos; despues algunas pastas de piñones y azúcar, con ciertas hogazas hechas de almendras y azúcar, á modo de mazapanes, y otras cosas delicadísimas y de gran precio, mezcladas con oro.

En seguida se sirvieron espárragos excelentes y que excitaban la admiración por no ser tiempo de ellos, y por su gran tamaño.

Tercero, pechugas con higadillos perfectamente aderezados, que hacian admirarse á las personas convidadas.

Cuarto, carne de perdiz asada, con varias salsas. Quinto, cabezas de ternera y terneras enteras con la piel, en que se mezclaban el oro y la plata.

Sexto, capones y palomas, acompañadas de salchichones, chorizos y otras viandas de jabali, con varias sopas delicadas.

Séptimo, un carnero entero asado por cada plato, y caldo hecho de cerezas ágras.

Octavo, tórtolas, perdices, faisanes, codornices, torcidos, becafigos, y toda clase de aves asadas y aderezadas con grande esmero, añadiéndoles como condimento aceitunas.

Noveno, pollos cocidos con azúcar, y bañados con agua de rosa.

Décimo, por cada plato un lechoncillo entero, asado, con cierta especie de salsa ágras.

Undécimo, por cada plato un pavon asado, con diferentes condimentos y variedad de cosas delicadas.

Duodécimo, una mezcla de huevos, leche, salvia, flor de harina y azúcar.

Décimotercio, manzanas en conserva, conejos, piñones y alcachofas.

Décimocuarto, varios manjares hechos de azúcar y miel, y otras cosas delicadas, propias para excitar la gula.

Décimoquinto, diez clases de tortas delicadamente aderezadas, y muchos dulces.

Todas estas cosas se sirvieron en fuentes de plata y oro; y lo mas admirable fué, que todas las viandas que se llevaban á la mesa, lo eran una á una en medio de antorchas encendidas y de músicos que iban delante tocando trompetas; y en las mismas antorchas había jaulas de pájaros y cuadrúpedos de todas aquellas especies de animales que se habían servido á la mesa asados; cosa rara de ver en el mundo.

En seguida fueron introducidos en la sala del banquete cómicos, que representaban varios hechos de personas, bailarines y bufones, como asimismo excelentes músicos que tocaban trompetas y otros instrumentos. Había también algunos que corrían sobre la cuerda. Este gran convite se celebró el año de 1488.

Véase cómo el mismo cronista describe las exequias de Trivulzio.

« Corrian los años 1518 de la era cristiana, cuando

murió en Francia, en la ciudad de Chártres, el día 5 de diciembre, el gran Juan Jacobo Trivulzio, gloria y ornamento de nuestra ciudad; y el 17 de enero de 1519, á las dos de la noche, fué llevado su cuerpo á San Eustorgio y puesto en una caja nueva, cubierta de brocado de oro, con seis hermosas banderas en que estaba bordado el collar de San Miguel, dos á cada lado y una á cada cabecera. El cadáver permaneció en San Eustorgio hasta el 19 de enero; en aquellos días se celebró en dicha iglesia una misa, precedida, como preparación, de cuarenta misas por día. En cada altar ardian velas del peso de seis onzas y no faltaban nunca cuarenta personas de la familia del muerto, vestidas de luto, y cuatro frailes del expresado monasterio, con diez y seis antorchas constantemente encendidas.

Al día siguiente, apénas descubrió el sol, empezaron las exequias, saliendo la comitiva de San Eustorgio y dirigiéndose á la iglesia de San Lázaro. El primero que salió de la iglesia fué el anciano de San Lázaro, vestido de luto; despues la familia del muerto, cuyos individuos iban todos vestidos de negro con capucha, y eran en número de ciento; en seguida los soldados del difunto en número de quinientos, vestidos también de negro. Iban detras cien cruces de madera pintadas, y cada cruz tenia encima cinco velas encendidas; caminaban á continuación quinientos pobres, todos vestidos de negro, con cuatro brazas de paño por cada pobre, y cada uno de ellos llevaba en la mano una antorcha de cera veneciana, con peso de dos libras cada antorcha, de las cuales pendían las armas del muerto, grabadas en oro fino.

Seguian las cofradías llevando cada hermano una vela encendida. El número de estos era: los hermanos de San Jerónimo, 45; los hermanos de Santa Ana, 30; los de San Francisco, 160; los de la Paz, 80; los de Sant'Angelo, 150; los de San Pedro Celestino, 40; los del Paraíso, 40; los de los Siervos, 80; los de San Juan Bautista, 40; los del Carmen, 50; los de la Incononata, 60; los de San Márcos, 60; los de Santa María de Gracia, 100; los de San Eustorgio, 100; los de San Ambrosio Ad nenus, 50; los de los Humillados, 50; los de la abadía de San Vicente, 8; los de la abadía de San Celso, 20; los de las abadías de San Simplicio y San Pedro Gesata, 80; los de la abadía de San Dionisio, 20; los de la abadía de San Ambrosio con Chiaravalle, 80; la Pasion de los canónigos regulares, 50.

Venian luego todos los curas y capellanes de Milan, en número de 300; los cabildos de las iglesias colegiadas; el de la Scala en número de 30; el de San Jorge en número de 30; el de San Estéban, 30; el de San Lorenzo, 40; el de San Nazario, 40; el de Santa Tecla, 24; el de San Ambrosio, 30, y el cabildo de la catedral, 150. Resulta de aquí que el número total era de 2,200 con 60 cruces de plata, y por cada cruz cinco velas. La tarde ántes de que se celebrasen las exequias, las campanas de Milan tocaron á muerto sin interrupcion. Y por la mañana al alba empezaron á doblar todas á un tiempo.

Á la clerecía sucedieron los heraldos del difunto, todos á caballo, vestidos de luto, con la sobrevesta de cendal carmesí en que se veía la divisa del muerto, y luego cuatro músicos vestidos de paño negro, con la trompeta colgada del hombro, y los cordones del mismo color que los heraldos. Despues se adelantaban seis capitanes á caballo, vestidos de negro hasta los pies, con capuchas, y los caballos iban también enlutados. El primero llevaba un estandarte con las armas del difunto, que eran tres listas amarillas y tres verdes, el segundo y tercero dos estandartes de los reyes de Nápoles y de Aragon, el cuarto el del papa Inocencio VIII; las astas de las banderas estaban teñidas de encarnado; los dos capitanes restantes llevaban los estandartes de la compañía del muerto.

Á continuación aparecía el caballero mayor, todo

cubierto de negro, con capucha, sobre una gran mula enlutada, y tenia una varita negra en la mano. Seguía un caballo de batalla, con caparazon, cubierto de terciopelo negro; del arzon pendía un estoque, y el criado que lo guiaba iba también vestido de luto y con capucha. Además, cinco hermosos corceles cubiertos de terciopelo negro hasta el suelo, en que cabalgaban pajes enlutados: el primero llevaba en el brazo izquierdo un escudo negro de madera; el segundo una lanza negra con su hierro; el tercero un baston de codo y medio de largo, y encima el yelmo sin penacho del difunto; el cuarto un hermoso estoque con la váina de brocado de oro, de cuya guarnicion colgaban las espuelas de oro, y el quinto tenia un baston de mariscal de Francia. Caminaban detras dos mulos cubiertos de terciopelo negro, y los guiaban dos hombres enlutados, con capucha, en medio de los cuales iba la caja del muerto, y encima de esta se veía su collar de la orden de San Márcos. Despues seguía el heraldo del rey de Francia á caballo, vestido todo de luto, con la sobrevesta de cendal negro, en que se veían las flores de lis, el cual permaneció constantemente junto al ataúd, en union de veinticuatro individuos de la servidumbre del difunto, todos de negro y con capucha, que llevaban en la mano una antorcha de cuatro libras, en que estaban impresas las armas del muerto.

Detras del ataúd seguían á pié M. de Lautrec, general en Italia por S. M. el rey de Francia, el señor Teodoro Trivulzio, el embajador del papa, el Senado, los parientes en número de cuatrocientos, todos con capucha, luego los magistrados, el colegio de los doctores, el de los médicos, los mercaderes, y una persona por cada casa de la ciudad. Era imposible conservar el orden, á causa de la multitud de Franceses, de hombres del pueblo y de extranjeros que inundaban las calles, hasta el extremo de no poderse revolver; aquel día estuvieron cerradas todas las tiendas, y finalmente, se encaminaron á San Nazario, y depositaron el cadáver en el sitio preparado al efecto.

Haré ahora del aparato de la iglesia de San Nazario, unida á la gran capilla del ilustre Juan Jacobo Trivulzio, fundada por él y dotada con un arcipreste y doce canónigos; la cual, si hubiese sido concluida y no le faltase la galería, hubiera podido contarse entre las principales capillas de Italia.

La iglesia de San Nazario estaba toda colgada de negro, y entrando por la puerta principal, se construyó una tribuna de madera, dejando en el medio cuatro brazas de calle, con verjas á los lados; encima de esta había otra mayor y de dos grados, mas elevada, á que seguía otra, de un grado mas de altura. Sobre esta, á mano derecha, estaba el asiento de M. de Lautrec, y un poco mas bajo el del señor Teodoro Trivulzio, el de los embajadores y el del Senado; y á mano izquierda se hallaban colocados los parientes, doctores y mercaderes; todos los tribunos estaban cubiertos de negro.

Las cuatro naves de la iglesia estaban rodeadas de dos filas de velas, y entre ambas hileras había un paño negro, en el cual se veían las armas del difunto. En la nave de la tribuna, el espacio desde la primera fila de las antorchas hasta el suelo estaba cubierto de paño negro, con las armas dobles de oro fino.

Bajo los doce arcos de la iglesia se construyeron otros doce de madera, con las armas del difunto, de los cuales pendían otras antorchas, atadas con hilo de hierro, y á su debido tiempo, por medio de fuego artificial, fueron encendidas de golpe todas las velas y candeleros. Además, había algunos vasos de madera, á modo de cuernos de la abundancia, con cinco antorchas cada uno, en todo setecientas antorchas de á dos libras.

En el centro de dicha iglesia se colocó un gran tablado cubierto de negro, encima del cual estaba la caja del difunto, y al rededor la familia de este sentada: